

Lecturas del Corpus Christi Padre Pedro José Ynaraja Díaz

COMENTARIO

A veces me dicen algunos que cuando se acerca a mi casa van pensando si viviré allí, si tal vez me habré muerto o me haya casado. Y me encuentran, gracias a Dios y lo celebramos. Pensando en compañeros de semejante calaña me preguntan también si yo nunca he pensado abandonar el ministerio sacerdotal. Mi respuesta siempre ha sido la misma, no y no ha sido por ser mejor que los demás, simplemente no he olvidado la oración, ni la misa y mi casa ha estado siempre abierta "al sole agli amici e agli l'hospite" como reza en la puerta una baldosita que me trajo de Asís mi hermana. Dicho de manera simple, he procurado gozar de la compañía de Dios, de acuerdo con la vocación que de Él recibí. Y con Dios se vive bien, con dificultad a veces, pero os advierto no es aburrido nunca serle fiel.

El día de Corpus tiene en mí recuerdos infantiles, que con el tiempo han ido madurando de otras maneras, sin que disminuyera su valor, aunque las vivencias de hoy sean algo diferentes a las de entonces. Pienso en las procesiones, en la de las Huelgas de Burgos con todo el folclore que la acompañaba.

La solemnidad de hoy trata de recordarnos el don que Jesús nos dejó en el Cenáculo poco antes de ser arrestado y morir por nosotros.

Pero no es esta, la del pan y el vino consagrado, su única presencia.

La presencia y compañía de Jesús, de acuerdo con la Fe católica, se goza de diversas maneras.

En primer lugar no olvidemos lo que el texto nos dice "**porque donde están dos o tres reunidos en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos.**" (Mt 18,20) **presencia, pues, real mística.**

En segundo lugar cuando la Palabra de Dios es proclamada en la liturgia, Dios habla a su pueblo, descubriendo el misterio de la redención y salvación, y ofreciendo alimento espiritual. El mismo Cristo, por su palabra, se hace presente en medio de los fieles. Constitución "Dei Verbum" del Vaticano II. **Presencia real espiritual**, destinada a enriquecer fundamentalmente nuestro espíritu.

La tercera, a la que hoy pone el acento la Iglesia, es la que convertido el pan y el vino en alimento espiritual presencial, está destinada precisamente a esto, a ser alimento que nos vivifique y fortalezca personalmente. Y no se olvide que he puesto presencia.

Iniciada en la celebración eucarística, también llamada Misa, es alimento consumido, vuelvo a repetir presencia permanente, que posibilita y facilita la oración, permitiendo que quienes no han asistido a liturgia, puedan participar de la misma comunión, en cualquier momento. **Es, pues, presencia real sacramental.** Es fundamentalmente alimento, sin dejar de ser presencia.

Ahora bien, para gozar de tal privilegio en su mayor valor, no debe ignorarse las otras presencias. Lo diré repitiendo la advertencia que hice hace pocos días, al principio de la vigilia de Pentecostés.

No olvidemos, amigos, que Jesús nuestro Señor, está realmente presente entre nosotros los que nos hemos reunido en su nombre. Antes de empezar la liturgia nos hemos saludado, después hemos estado hablando, compartiendo, sin ser esclavos del reloj. Él nos acompañaba.

Ahora vamos a gozar de una presencia diferente. El paréntesis de silencio observando la llama que juguetea en el lugar central, nos estimulará a sentir curiosidad por lo que hoy nos quiere proclamar, deseando que aprendamos la lección que recibiremos y que desea sea enseñanza que corrija mejorando nuestras vidas. Pasaremos un buen rato escuchando las lecturas bíblicas, aprendiendo, reflexionando, convirtiéndonos. Lo que decidamos lo apuntaremos en el papel que tenemos a mano y así se afianzará nuestra decisión que ojalá recordemos siempre. Para acabar la reunión, nos dirigiremos al altar. Allí Jesús sumergido en la liturgia y mediante el pan y vino invocado, se hace presente de acuerdo con su mandato y en su memoria. Quienes estemos preparados, nos alimentaremos de su Cuerpo y de su Sangre, sublime alimento. **Presencia, pues, real y sacramental.** Esta real y sublime presencia es la que celebramos hoy, sin que debamos olvidar las otras dos.

-
(Voy ahora a referirme a dos experiencias que he vivido y nunca olvidaré. Me encontraba un día cerca de la catedral de Chartres. Al salir de la tienda muy de mañana observé altiva y con todo su esplendor el gran templo. Decidí ir de inmediato a gozar de una más maravillosa experiencia. Entré en la cripta y me sorprendió la numerosa asistencia a la misa que estaba a punto de empezar. Había ignorado hasta entonces que aquel día era la festividad de Santo Domingo de Guzman, santo español que goza mayor devoción en Francia. Al instante de escoger un lugar apropiado, una señora amablemente me ofreció un libro con los textos de las canciones propias de aquel día. Le dije agradecido que era extranjero y no sabría interpretarlas. Lo aceptó de inmediato, cubriéndome su compañía con su sonrisa. Llegado el momento de la paz, se volvió a mí, deseándomela, acompañado el gesto y las palabras, con su simpática sonrisa. El Señor que al poco recibiríamos, ya se había posesionado antes de los dos y me sentía halagado y satisfecho por su proceder. Estoy seguro de que seremos, llegado el día, compañeros de la feliz Eternidad.

Otra experiencia. Debía pasar 11 horas en Budapest, de acuerdo con los billetes adquirido para uno de mis viajes a Tierra Santa. Salí del aeropuerto y me dirigí a la ciudad, tratando de encontrar una iglesia. La encontré y en este caso, también estaba a punto de empezar la celebración de la misa. Escogí un lugar libre. Quien a mi lado estaba ni me miró ni siquiera se movió. Al llegar al momento de compartir el signo de la paz, me volví para deseársela y la señora hizo un gesto tan horrible, que dude de si ella había imaginado que pretendía violarla. Casi tuve miedo de dirigirme a comulgar, pensando que también al celebrante le podía dar miedo mi presencia. Gracias a Dios, pude comulgar sin que el sacerdote pusiera ningún reparo, pero al volver me fui a otro lugar para que mi compañía, no le suscitara temor a aquella señora. No dudo que comulgaría, tampoco que lamentablemente ignoraba, la compañía que deseaba el Señor que gozáramos desde el momento que estuvimos cercanos en el sagrado recinto)

No negare el valor y la autenticidad de la presencia del Señor en la Eucaristía, pero no olvido que su principal destino es nuestra alimentación espiritual, más que el procesionar, muy legítimo este proceder, por nuestras calles y plazas, que poco compromete por bello y elogiado que sea.

TEXTOS

del libro de Éxodo (24,3-8):

En aquellos días, Moisés bajó y contó al pueblo todo lo que había dicho el Señor y todos sus mandatos; y el pueblo contestó a una: «Haremos todo lo que dice el Señor.»

Moisés puso por escrito todas las palabras del Señor. Se levantó temprano y edificó un altar en la falda del monte, y doce estelas, por las doce tribus de Israel. Y mandó a algunos jóvenes israelitas ofrecer al Señor holocaustos, y vacas como sacrificio de comunión. Tomó la mitad de la sangre, y la puso en vasijas, y la otra mitad la derramó sobre el altar. Después, tomó el documento de la alianza y se lo leyó en alta voz al pueblo, el cual respondió: «Haremos todo lo que manda el Señor y lo obedeceremos.»

Tomó Moisés la sangre y roció al pueblo, diciendo: «Ésta es la sangre de la alianza que hace el Señor con vosotros, sobre todos estos mandatos.»

de la carta a los Hebreos (9,11-15):

Cristo ha venido como sumo sacerdote de los bienes definitivos. Su tabernáculo es más grande y más perfecto: no hecho por manos de hombre, es decir, no de este mundo creado. No usa sangre de machos cabríos ni de becerros, sino la suya propia; y así ha entrado en el santuario una vez para siempre, consiguiendo la liberación eterna. Si la sangre de machos cabríos y de toros y el rociar con las cenizas de una becerra tienen poder de consagrar a los profanos, devolviéndoles la pureza externa, cuánto más la sangre de Cristo, que, en virtud del Espíritu eterno, se ha ofrecido a Dios como sacrificio sin mancha, podrá purificar nuestra conciencia de las obras muertas, llevándonos al culto del Dios vivo. Por esa razón, es mediador de una alianza nueva: en ella ha habido una muerte que ha redimido de los pecados cometidos durante la primera alianza; y así los llamados pueden recibir la promesa de la herencia eterna.

del evangelio según san Marcos (14,12-16.22-26):

El primer día de los Ázimos, cuando se sacrificaba el cordero pascual, le dijeron a Jesús sus discípulos: «¿Dónde quieres que vayamos a prepararte la cena de Pascua?»

Él envió a dos discípulos, diciéndoles: «Id a la ciudad, encontraréis un hombre que lleva un cántaro de agua; seguidlo y, en la casa en que entre, decidle al dueño: «El Maestro pregunta: ¿Dónde está la habitación en que voy a comer la Pascua con mis discípulos?» Os enseñará una sala grande en el piso de arriba, arreglada con divanes. Preparadnos allí la cena.»

Los discípulos se marcharon, llegaron a la ciudad, encontraron lo que les había dicho y prepararon la cena de Pascua.

Mientras comían. Jesús tomó un pan, pronunció la bendición, lo partió y se lo dio, diciendo: «Tomad, esto es mi cuerpo.» Cogiendo una copa, pronunció la acción de gracias, se la dio, y todos bebieron. Y les dijo: «Ésta es mi sangre, sangre de la alianza, derramada por todos. Os aseguro que no volveré a beber del fruto de la vid

*hasta el día que beba el vino nuevo en el reino de Dios.»
Después de cantar el salmo, salieron para el monte de los Olivos.*

--